

# **DISCURSO PARA LA TOMA DE POSESION DE LA SOCIEDAD DE**

## **FILOSOFIA**

*Julio Arosemena*

Esta modesta ceremonia a la que han sido invitados y a la que han concurrido, honrándonos con su digna presencia, debe ser para nosotros motivo de grandes satisfacciones si es que la hemos de considerar como el prelude de un verdadero y mejor entendimiento entre estudiantes y profesores, así como de una renovación de la mentalidad del universitario, para hacer frente a las realidades muchas veces chocantes de su medio.

En realidad, quisiéramos ser optimistas en nuestro discurso, pero la experiencia nos ha demostrado que un entusiasmo demasiado temprano y ligero puede conducirnos muy pronto a la decepción. En el curso de nuestra actuación como estudiantes universitarios, cuando empezamos a

pisar los últimos peldaños de esta corta fase de nuestra vida y tratamos de asumir el papel que nos tocará representar en el nuevo ámbito vital de nuestra existencia — la vida profesional e intelectual—, es muy probable que nuestro sentir no pueda traducirse en euforia incontenible. Por el contrario, la reserva, la duda, el escepticismo y ese cinismo que se hace tan humorístico porque no se permite ser trágico, son nuestras características distintivas.

¿Qué ha sucedido con el entusiasmo inicial con el cual comenzamos nuestra jornada? La respuesta es sencilla: se ha transformado en su opuesto; sea porque sus ingredientes se han perdido en el camino, sea porque nunca han existido. O porque, también, los ingredientes con los que se ha tratado de reemplazar lo perdido en el entusiasmo, no traían de acuerdo con nuestro crítico juicio, el sello de la legitimidad.

Frente al Ideal de lo que debe ser la Universidad —nuestra universidad— y el universitario, existe una realidad que es la Universidad y el universitario que vemos todos los días; y aquí habría que repetir lo que todos sabemos o pretendemos saber: que la Universidad es el reflejo de una situación social e histórica. Pero ante ésta verdad indiscutible, se sitúa la mentira de quienes pretenden hacer de la crisis de la sociedad y por ende de la Universidad, una excusa para destruirla, presentando soluciones parciales e improvisadas que sólo contribuyen a agravar y hacer más imponentes los obstáculos que gravitan sobre ella, ahogando su iniciativa en la función social que le ha sido encomendada.

Podríamos admitir que desde el punto de vista profesional y estadístico, la Universidad, dentro de los límites de su corta existencia, ha realizado una magnífica labor; sin embargo nos parece muy dudoso admitir lo mismo desde el punto de vista humanístico. Si vamos a ser sinceros, tenemos que aceptar el hecho real de que de todas las facultades, la de Humanidades es la que sufre la más aguda crisis de valores concebibles, situación que se traduce en el descrédito de que es objeto dentro y fuera de la Universidad, sello que no es precisamente una mención honorífica.

El efecto que esto tiene en el estudiantado no puede ser otro que el semejante a la acción de una sustancia que diluye los componentes de otro: si la personalidad del estudiante no ha sido formada previa a su vida universitaria, en esta se le deforma. Esto es lo más injusto y poco esperanzador que puede ocurrirle a los fines de una Universidad. Toda la condición del universitario se trastea, y la metaforosis de que hablamos llega hasta considerarse como una condición natural, lógica e irreversible. Su psicología se adapta a los imperativos de las condiciones

presentes en su medio y se deja arrastrar por el medio: una perfecta simbiosis negativa. La consecuencia más grave de esto es que se llega a negar con nuestra actitud, a la Universidad en su fundamento esencial que es lo que se ha llamado el humanismo integral, sin el cual ningún centro de estudio de su naturaleza puede tener existencia real.

Por otro lado, se corre el peligro de que, falto de estos valores, el supuesto futuro intelectual sea orientado en el sendero de los intereses particulares, haciendo de su profesión un instrumento de otros. En otras palabras, se convertirá en lo que Leopoldo Zea ha llamado "un profesionalista".

Este cuadro tan poco aleccionador es nuestra visión del mundo universitario que antepone a la visión optimista de otros. y entre los pacientes que somos como universitarios, los más graves somos los humanistas. Paradoja esta que debe ponernos a pensar detenidamente en su solución.

¿De dónde debe partir esta solución? No podemos pensar que ella parta y sea exclusividad de particulares o grupos partidistas. La lucha por la paternidad de estas soluciones sólo conduce, a nuestro juicio, a la lucha por la supremacía de los poderes en juego, y esto no nos debe llevar a un estancamiento, sino a una demostración del trabajo que es necesario desarrollar. Urge pues, que estas soluciones partan de todos los grupos interesados y sean sometidos a la crítica y revisión.

Pero entonces, aquí postulamos que es necesario que, por lo que respecta a los cursos de filosofía e historia, la orientación de las soluciones debe partir de la misma. Esto no es posible si antes no sometemos a su mismo estructura — los principios generales sobre los cuales fundamentan su existencia, — a una reforma sustancial. Es decir, que no siendo nosotros una excepción de la enfermedad que nos aqueja, por el mismo hecho de ser conscientes de ella, debemos cambiar de postura, conjurar los oscuros ídolos que aplastan nuestro pensar, conduciendo a nuestra escuela por los anchos caminos de la renovación. Si solo se nos da la posibilidad de hacer transformaciones graduales, empecemos por ella. Démosle la categoría intelectual a que tiene derecho y así le daremos al estudiante que se recibe en esta especialización un motivo de satisfacción profesional.

Nosotros consideramos que esto sería posible, si se planteara desde ahora una reforma integral de los planes de estudio que actualmente rigen el presente de la escuela de Filosofía e Historia; que es necesario proporcionar los instrumentos materiales indispensables para el quehacer filosófico. Verbigracia: biblioteca especializada, institutos de estudios

filosóficos; y, además, esas actividades que hacen posible el surgimiento de una renovación intelectual, tales como seminarios, conferencias, etc.

La tarea que nos hemos impuesto y que hemos aceptado de buen grado superan los límites del tiempo disponibles, pero creemos que en la medida de nuestras capacidades como estudiantes y en la medida de la cooperación que presten las autoridades universitarias y los catedráticos presentes, estas reformas se harán realidad.

Muchas gracias.

POLEMICA DEL  
PRESENTE

**NO**

**HAY**

**DIALOGO**

**POSIBLE**

